

El Fenómeno del Niño y la Niña.

Mario Salazar Muñoz

www.escritormariosalazar.cl

Reflexiones para un Cambio Cultural Sobre la Infancia

Y

Una Educación Para La Vida

El mejor indicador de calidad de vida de todas comunidades humanas, es la calidad de vida de sus niños; si ellos están bien... todos estamos bien.

En nuestro tránsito por la vida heredamos una versión ambigua de nuestro paso por el tiempo, donde cada generación de adultos pareciera no tener un historia compartida, desde donde reconocernos, en una identidad fundamental, basada en el hecho que una vez , cada uno de nosotros, fuimos parte de la infancia; niños y niñas de un país cuyos caminos, barrios y paisajes han conocido de amor y de odio, de miedo y esperanzas junto a los adultos que moldearon realidades y donde siempre la infancia ha estado presente

La infancia; la vida al comienzo de la vida.

En América Latina la infancia y la adolescencia conviven en dos categorías; “los niños” y “los menores”. En una parte de nuestra realidad los niños y en la otra aquellos que la vida que les ha robado la infancia convirtiéndolos en “menores”, por lo tanto en víctimas inocentes del abandono, de la violencia, de la pobreza y del abuso en cualquiera de todas sus formas.

Hace algún tiempo, en un “hogar de menores”, conversaba con un niño de 8 años interno en una institución vinculada al Servicio Nacional de Menores... Al preguntarle si conocía los Derechos de los Niños, me respondió... “Sí, los de ellos, sí”.

Nuestra forma habitual de reconocer la infancia nos hace identificar a los niños centralmente por sus carencias y debilidades. De este modo la infancia es así reconocida; un niño, un alguien a quien siempre le falta algo. Mirado de esta manera un niño pertenece a una categoría de personas cuyas faltas o carencias le otorgan su identidad social, para sobrevivir son dependientes del mundo adultos que le toca vivir los niños, de este modo ellos deben obedecer porque no pueden decidir, no tienen poder económico, ni militar, ni político .

Uno de los principales aspectos de la identidad de la infancia es ***ser los que tienen que aprender***, Todas estas características con son identificados paralelamente les

otorga en su conjunto una gran cualidad basada en la apertura a los cambios y al aprendizaje, por lo tanto naturalmente dispuestos a experimentar y a crecer, como si fueran claramente conscientes de ser parte de un proceso de permanente desarrollo.

Nos es difícil reconocer que los niños poseen habilidades que como adultos hemos ido perdiendo, ellos, más fácilmente que cualquier adulto, tienen la capacidad de hacer amigos en cualquier parte, de ser los primeros en abrir nuestros contactos en el barrio en que vivimos, construir y reparar redes, las de sus pares como las que compartimos y en las cuales los adultos nos sostenemos, de perdonar con mayor facilidad, por mencionar algunas de sus cualidades que se sustentan en su natural lealtad, sinceridad y sentido del humor.

No siempre vemos a tiempo la tremenda capacidad que tienen los niños de tener la fuerza de ser fieles a sus afectos, ya sea por sus amigos y, en especial, incondicionales con sus padres o con los adultos que en ausencia de ambos padres o uno de ellos, le dan sentido la palabra hogar.

Es en la infancia donde alcanzamos nuestra mayor capacidad de aprender, imaginar lo imposible como un camino abierto a emprender, de formularnos las preguntas más fundamentales sobre la vida, dejando a sabios en silencio y adultos atónitos sin respuestas frente a la profundidad y honestidad de sus cuestionamientos.

La infancia navega en dos aguas...

Si le decimos a alguien que es “infantil”, se lo decimos como una forma de descalificarlo. Un violento sinónimo de ridículo, obstinado, ingenuo, desatinado, inadecuado...

Vale preguntarse: ¿Por qué no utilizamos el término “infantil” como un adjetivo con signo positivo, para señalar a quienes son generosos, flexibles, honestos, maleables, leales, afectivos, abiertos, solidarios? ... por nombrar tan sólo algunas de las características y cualidades más frecuente de las personas de poca edad, vale decir de los niños y niñas de hoy y de ayer.

Al mirar la realidad de la infancia y de la adolescencia al interior de nuestra sociedad latinoamericana, son muchas y extensas las preguntas que nos podemos plantear, como por ejemplo:

¿Cómo comprender una sociedad, donde las mismas personas que señalan con vehemencia al aborto como una agresión imperdonable a la vida, sean también parte de la violencia que han vivido y, aún hoy viven los niños no deseados, quienes son, en demasiadas oportunidades, condenados a pasar la vida segregados, abierta o silenciosamente a causa de su origen, obligándolos a llevar sobre sus espaldas una culpa incomprensible, como si fuera un delito de interminable castigo el haber nacido?

¿Qué diría un niño llamado Jesús, acunado en los jóvenes brazos de una dulce adolescente llamada María?

Aún hoy las madres adolescentes se ven obligadas a abandonar sus estudios, segregadas de centros de educación por ser portadoras del “mal ejemplo de la maternidad”.

Afortunadamente hoy en Chile esta práctica se ha terminado en los centros educacionales del Estado, pero lamentablemente no se ha podido lograr terminar con esta práctica en los colegios privados y religiosos, donde aún la maternidad se sigue criminalizando.

El primer derecho de la humanidad

Si miramos la vida con la misma ternura con que podemos mirar los primeros pasos de un niño, nos será simple comprender que el derecho humano más propio de la humanidad; el derecho a equivocarse, caer y levantarnos.

Nuestro primer y fundamental derecho de las personas es el derecho a equivocarnos y cometer errores, el cual refleja plenamente nuestra identidad humana. Un derecho no escrito, pero fundamental, pues, además de ineludible, constituye la principal fuente de nuestros aprendizajes, como personas y como humanidad.

Lo que debe anteponerse a los errores son los aprendizajes que nos aportan no la culpa ni el castigo. Lamentablemente el error y las equivocaciones han sido y, aún hoy son tratados en la infancia de generaciones y generaciones, como asimismo en la posterior vida de adultos, desde la esterilidad de la lógica de la culpa y el

castigo, en vez de ser eventos y oportunidades de crecimiento lo cual es posible y natural al ser tratados desde la lógica de la responsabilidad, la que aporta la contención y las lecciones que invitan a ser protagonistas de cambios pertinentes al desarrollo.

El camino de la humanidad y su infancia, el nacimiento de la “infantería”.

Hemos olvidado que el nombre militar de *la infantería* tiene una memoria trágica, cuyas raíces se encuentran en la Europa medieval, cuando los señores hacían la guerra y pasaban por los pueblos robando niños.

Arriados por “caballeros” armados hasta los dientes, los niños eran conducidos desarmados y a punta de lanza al frente de batalla, sin defensa alguna. En el camino los niños ya sabiendo su destino; recogían palos y piedras y, una vez en el campo de batalla, eran obligados a correr delante de la caballería, para ser los primeros en enfrentar el combate. Una vez terminada su masacre, los “señores” iniciaban su gesta...

Aún hoy las primeras víctimas de nuestras violencias son ellos, los niños. Los rostros de asombro y dolor pueblan las imágenes de las calles de Palestina, los campos de Colombia, los barrios olvidados del Noreste Argentino, las casas de cualquier parte de este mundo, las esquinas de cualquier continente donde se encuentre “el futuro de humanidad”. Niñas y niños, acorralados por el miedo exponiendo sus vidas y sus muertes como el precio de la historia de tantos y cada uno de los lugares de la tierra, donde la violencia deja sin salida a la vida.

El fenómeno del “Niño” y la “Niña”.

Hace ya tiempo atrás en los años ochenta, en un diciembre cálido, frente a las costas del Perú se observó la magnitud de un cambio climático sorprendente. Quienes lo detectaron, supieron desde el comienzo que las consecuencias de los acontecimientos observados serían graves. Los vientos y la lluvia tomarían rumbos y poderes inesperadamente feroces. Lo que nacía en el mar amenazaba a toda la tierra.

Con la intención de marcar el momento en que este fenómeno había sido detectado lo denominaron: “Fenómeno de Navidad”, nombre que, por diversas razones cambió a “Fenómeno del Niño Jesús”, posteriormente, por otras razones que aún esperan respuesta fue denominado como **“El Niño”**.

No digo que fue intencionado, pero la ferocidad prevista y manifiesta de los efectos del fenómeno climático y el nombre con que fue rebautizado, es una relación que no se puede dejar de vincular con nuestra ambigüedad cultural frente a la infancia.

Un “Niño” que mata, arrasa, destroza, produce hambrunas, inunda y agiganta los desiertos, un fenómeno que en sus causas nada tiene que ver con la infancia, cuyas principales y primeras víctimas, paradójicamente, han sido y son los propios niños. Un niño no deseado, como tantos hijos de esta tierra adolescente y bella. Un niño que al nacer nos trae miseria, un niño que nace para quitarnos la paz.

Para que no quepa duda, sobre el sentido con el que nos relacionamos con la infancia, tan pronto este fenómeno llegó al fin de su ciclo, dándole paso a otro peor, más dañino y costoso, desaforado y cruel, fue llamado, **La Niña**.

Pareciera ser que desde nuestro inconsciente buscamos culpar impunemente a un personaje que no tiene capacidad de respuesta ni defensa, el niño.

Vale preguntarse: ¿Porqué no haberlo llamado el fenómeno del torturador, del corrupto, del traidor?

Ciudadanos de pocos años

Desde sus alturas, nuestros niños nos miran y nos acompañan, ellos son nuestros más fieles y leales compañeros de vida. En el presente, en nuestra imagen del futuro y en nuestro pasado también, cuando nosotros acompañábamos las sombras y claridades de quienes nos vieron crecer.

Los adultos somos los niños de ayer, nuestra infancia es la base común de todos y de cada uno de nosotros, en ella están los momentos y los lugares donde aprendimos a reconocer la felicidad o donde se guardan las razones de lo que tenemos que reparar para poder vivir en paz.

Tenemos derecho al presente y a participar en el nacimiento del futuro

No se trata de reconcebir nuestra relación con la infancia, actuando en nombre de “ellos”, sino de construir un nosotros más amplio, más generoso, más ligado a la realidad de nuestra diversidad, como una acción que en definitiva será un permanente aporte a la calidad de vida de la vida de todos.

Las sociedades y comunidades de hoy son el resultado de las decisiones de los niños de ayer, decisiones que están vinculadas a las emociones y, por lo tanto, ineludiblemente ligadas a la infancia de cada cual, razón por la cual, pensar entonces que el ser adulto es dejar atrás y para siempre a la infancia, es intentar mirar la realidad sin verla, como si creyéramos que el océano es tan sólo un espejo de agua donde se refleja el cielo, negando la existencia de los paisajes submarinos y los múltiples habitantes del mar.

Las personas somos personas siempre

Las personas somos personas siempre, los ciudadanos menores de edad son la base sobre la cual se construye la palabra familia, el sustento del concepto de futuro y el sentido de la palabra ahora. Los niños necesitan adultos válidos, para hacer real el principal y fundamental derecho de todas las niñas y niños, el derecho vivir plenamente la infancia; protegidos del abuso y de los trabajos en sus peores formas.

Los Derechos de la Infancia incluye a todos las niñas y niños, en su proyección en el tiempo, legitimando su derecho a la vida, identidad cultural y personal, su idioma y su voz, su color y sus miradas y el fundamental acceso a un diálogo de paz con la diversidad que conforma la vida que habita el tiempo y el espacio en el cual están creciendo.

Una cultura para la vida.

Creo que la principal tarea que nos espera en este nuevo milenio no se encuentra en las distancias astronómicas, ni en el universo de la inteligencia virtual de la electrónica, sino aquí, en el hacer diario, en el encuentro cotidiano, con una tarea antigua e impostergable, a través de la cual le damos sentido y razón al tiempo y a los lugares que habitamos.

Aún estamos a tiempo de construir una realidad digna del milagro de la vida, para lograrlo tenemos que aprender a respetar a quienes no tienen capacidad de amenazarnos, no sólo para relacionarnos adecuadamente con la infancia, sino para crear una comunidad, un modo de convivencia, donde todos podamos vivir en paz junto a todas las formas de vida que nos acompañan.

El mejor indicador de calidad de vida de todas las sociedades, es la calidad de vida de sus niños y sus ancianos; si ellos están bien todos estamos bien.

Los niños necesitan adultos válidos. No existen, ni han existido, niños que sobrevivan sin vincularse con adultos. Ni en las más extremas situaciones el mundo adulto ha estado ausente de la vida de los niños, razón por lo cual nuestra responsabilidad ante las nuevas generaciones es una realidad que no podemos eludir.

Antes de cumplir los siete años, la vida ya tiene la forma de su geografía en el alma de quienes llevarán toda su vida la marca de las sobras o de los resplandores de su primera infancia.

Para los niños somos el sustento de lo que hará placentero el recuerdo y su papel como base del crecimiento futuro o lo que algún día habrá que hacer lo que se pueda por reparar la herencia de una herida. Durante la infancia los niños el mundo adulto vinculado a su familia es el que es, la casualidad les aporta o les quita alternativas de crecimiento armónico, pero existe para ellos una alternativa para crecer independiente de la realidad familias que la casualidad de la vida les ha ofrecido, los centros de educación temprana y la escuela, ahí deberían encontrar la posibilidad de relacionarse con un mundo adulto profesionalmente válido, que en su condición de educadores serán quienes, a nombre de toda la sociedad, habrán de respaldar las buenas experiencias familiares o aportar las que en la casa y en el barrio no se producen, reparando o aportando lo necesario para un crecimiento integral de una etapa de la vida de la humanidad, en la cual los adultos somos indispensables.

Los niños y niñas necesitan adultos válidos.

La infancia es el espacio de la vida cuando la creatividad está florecida, cuando la confianza crece sin límites, cuando la fe es un acto natural, cuando necesitamos como humanidad a quienes forman parte de nuestra ecología para que nos ayuden a moldear la vida, a conocer el valor de los límites que le dan el perfil a la palabra “sí” y al “no”, que nos modela el camino y su destino, es el espacio de tiempo y los paisajes en que somos más fáciles víctimas de todas las violencias y más abiertos también a recibir en nuestra memoria los eventos de ternura que la vida nos pueda regalar. Para los niños, los adultos somos el espejo de la vida que imaginan que un día vivirán, razón por la cual tenemos una doble responsabilidad de hacer cuanto esté a nuestro alcance por atrevernos a ser felices y tener la generosidad de compartir esta experiencia.

Los adultos siempre hemos sido el futuro, nos guste o no, somos la representación material del tiempo, lo que les está por suceder a las nuevas generaciones o lo que deben evitar que les suceda.

Que hoy los adultos seamos considerados representantes del pasado, corresponde la construcción de un concepto que nació a penas hace algún tiempo atrás, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, modificando una identidad que acompañó a la humanidad todos los años anteriores, de este modo nació como un “salvavidas cultural” el concepto de adolescente y la cultura que desde los centros urbanos del mundo occidental se fue extendiendo hasta abarcar gran parte del planeta.

Que siempre las generaciones de adultos han sido los viejos, lo hemos sido, pero no por eso el pasado. El dolor de dos guerras mundiales, creadas y

perpetradas por adultos hizo necesario el nacimiento de un concepto generacional que permitiera a las nuevas generaciones desligarse de las generaciones anteriores, señalándolas como los del pasado, para dejar atrás las consecuencias de las atrocidades de dos guerras inventadas por adultos y ejecutadas por los adultos.

Para hacer de los días nuestros días hacemos falta todos.

Como una expresión propia de nuestro actual estado de nuestra cultura, los niños son aún vistos, principalmente desde sus carencias, desde lo que les falta para dejar de ser niños. Consecuentemente con esta mirada las medidas apunta a satisfacer lo que nos parece necesario sin detenernos lo suficiente para reconocer y contar con ellos, desde lo que tienen y desde lo que pueden aportar en su beneficio y en beneficio de todos, desde sus identidades, lo cual, lo reconozcamos o no, de hecho realizan.

Este punto de vista me llevó a la realización de un estudio de las características de los vínculos de la infancia con el mundo adulto centrando la observación en las diversas vías de participación en él, como asimismo la forma como aportan a la calidad de vida de ellos mismo, resultado de lo cual elaboré las siguientes categorías, las que constituyen uno de los pilares de mi trabajo teórico y metodológico del concepto general de Cultura Infantil.

Categorías para una identidad de la infancia

Categorías metodológicas del concepto instrumental de Cultura Infantil, para una identidad acotada a las capacidades manifiestas y potenciales de las nuevas generaciones.

-

1.- Los niños, las niñas y los adolescentes pueden. Ellos tienen derecho a ser reconocidos y comprendidos principalmente desde sus capacidades manifiestas o potenciales y no sólo desde sus carencias.

2.- Los niños, las niñas y los adolescentes, considerados en el presente y no sólo como proyectos de adultos. El derecho de ser ahora.

3.- Los niños, las niñas y los adolescentes comprendidos como un recurso significativo del desarrollo cultural de todos, en tantos actores sociales trascendentes; culturalmente válidos.

4.- Los niños, niñas como parte integrante y relevante de una realidad compartida y donde todos somos necesarios.

5.- La calidad de vida de la infancia y la adolescencia reconocida como el mejor indicador de la calidad de vida de toda comunidad, independientemente de su magnitud. - Si ellos están bien todos estamos bien, si ellos están mal, todos estamos mal.

6.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como interlocutores válidos de otros niños, adolescentes y también de los adultos.

7.- Los niños, las niñas y los adolescentes consideradas como agentes importantes en el desarrollo de las redes sociales, el cambio social y cultural de cada comunidad. Los niños y los adolescentes son la base de las redes sociales en las

comunidades. (Son ellos los primeros en saludar al vecino, en hacerse de amigos en el barrio, son ellos los que tiran la pelota para casa de al lado y siembran con ella una nueva relación)

8.- Los niños, las niñas y los adolescentes entendidos como sujetos de derecho pleno, ellos son ciudadanos menores de edad sujetos de derecho..

9.- La infancia y la adolescencia, como la etapa de la vida en que aprendemos con mayor facilidad. - Los niños, las niñas y adolescentes tienen mayor disposición al aprendizaje de nuevos conocimientos que los adultos, que reconocemos nuestra identidad protegiendo lo que sabemos, más que abriéndonos a nuevos conocimientos.

10.- Los niños, las niñas y adolescentes, como la etapa de la vida en que tenemos mayor facilidad de hacernos de nuevos amigos.

11.- Los niños, niñas como la etapa de la vida, en que tenemos mayor facilidad de probar nuevas alternativas. Los niños, las niñas y los adolescentes tienen mayor capacidad de atreverse a explorar caminos desconocidos, en la primera infancia somos investigadores innatos.

12.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que las personas somos más generosas y actuamos con mayor facilidad solidariamente, siempre y cuando los adultos, junto a quienes están creciendo no nos hayan deformado.

13.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que tenemos mayor facilidad de pedir disculpas y perdonar.

14.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que tenemos mayor facilidad de aprender de los errores.

15.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que tenemos mayor facilidad de ser leales y compartir nuestros afectos.

16.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que tenemos mejores posibilidades de lograr expresar abiertamente nuestros sentimientos, ya sea de rabia, afecto, celos, solidaridad, y otros.

17.- Los niños, las niñas y los adolescentes, como la etapa de la vida en que la ética se sitúa, más frecuentemente, al centro de las acciones y en la corrección de los errores.

Podemos crecer juntos, podemos contar con los niños, ellos son nuestros mejores y más leales compañeros de vida, razón por la cual el asociar nuestras intenciones y capacidades a las de ellos, es hacer justicia a las infancias de hoy y a las que pertenecemos los adultos de hoy en el pasado, como asimismo ellos están con nosotros y con ellos podemos contar para desarrollar el principal proyecto de todas las generaciones, en especial de las niñas y niños: vivir.

La ternura es el fundamento de la fuerza de la vida.

Baste tener un recién nacido en los brazos para reconocernos en una especie que sin amor sin los fundamentos de la ternura, no tiene la más mínima oportunidad de sobrevivir.

La caricia siempre ha derrotado a la furia del zarpazo; si así no fuera, el equilibrio que permite la existencia del tiempo acompañado por la vida no sería posible y la muerte ya habría logrado abrirse camino sin encontrar límites a su paso.

El estruendo de la muerte de un gigante del bosque en su caída, es capaz de remecer todo el paisaje que lo rodea, pero a pesar de su espectacular muerte, no logra ser más poderosa que el humilde murmullo del despertar de su semilla.

Lenta, silenciosamente, confundida con los brotes más pequeños del bosque, los gigantes de la selva en su infancia verde y en su plena juventud vegetal, avanzan en su tierno esfuerzo por reponer la vida, por retomar el espacio del caído.

La vida, la de la humilde apariencia o de esplendorosa presencia, la de la existencia de todas las formas, colores y modos de atravesar el tiempo, unida a su ternura, como se une el viento a las alas de los cóndores y de las mariposas, está con nosotros, manteniendo a raya a la muerte, la cual, hasta ahora, es sólo parte de la propia vida.

Sin duda han nacido desiertos donde debió seguir cantando la vida, lamentablemente las aguas y los cielos han manchado su rostro con la

herida de acciones propias de la ambición humana. En diversos lugares de la tierra son extensiones mayores que el tamaño de nuestros temores donde se han visto desterrado sus habitantes..., pero la vida no nos deja de sorprender, tan sólo basta un leve respiro y ella vuelve tomar su lugar, abriéndose camino en alguna de sus infinitas formas.

La diversidad, la identidad de la vida de todos

Cuando la humanidad ha cometido los mayores crímenes, ha sido cuando ha intentado negar la diversidad de pensamiento, credo o apariencia, como fundamento de su propia existencia. Hemos imaginado bosques y sociedades de una sola especie...y caro hemos pagado.

No podemos reiterar el camino que ha costado la vida y el dolor de seguir viviendo de miles de personas, resultado de los intentos de imponer un fe religiosa, un molde de pensamiento único, como asimismo un modo de ser y una apariencia aceptada, como condición necesaria para pertenecer a una comunidad.

Nuestra tarea como educadores nos propone aceptar el desafío diario de declarar la paz en todas las acciones y escenarios de nuestra profesión.

En Chile hemos creído durante años que hemos heredado un buen sistema educativo, pero lamentablemente, al momento de poner a prueba sus resultados, frente a una crisis social importante, mostró no haber logrado su principal objetivo; formar personas, individuos capaces de resolver sus conflictos sin transformarse en depredadores de quienes pensaban y proponían un modo diverso de organizar la vida.

Durante muchos años, en las salas de clase de los establecimientos educacionales de todo el país, generaciones tras generaciones estudiaron y aprendieron lo que les enseñaron. En las salas de las diversas escuelas y liceos se sentaron alumnos que, lamentablemente, al enfrentar como tales o como adultos una crisis social de importancia, en vez de haber resuelto sus diferencias en paz, con los argumentos de la paz; aceptando como un escenario propio de nuestra identidad humana la diversidad que nos otorga a la vida, unos se transformaron en víctimas y otros en victimarios, y todos fuimos testigos de como se nos destruyó el “Nosotros”, ese “Nosotros” que durante años habíamos ido construyendo como sociedad.

En esa oportunidad, frente a ese momento histórico, la educación chilena reprobó su principal examen y quedó, no para marzo, sino condenada a la repetición de años tras años de una memoria de dolor, distancias y miedo.

La educación de hoy, debe aprender de sus errores, como lo hacemos las personas, cuando nos hemos liberado de la lógica de la culpa y hemos aprendido a contraponer a nuestras equivocaciones el aprendizaje y no la esterilidad de la culpa.

Los educadores del presente debemos integrarnos al cambio que la vida nos propone como principal señal de su presencia. Si asumimos mirar nuestro hacer como una educación para la vida, tenemos que asumir la educación como una experiencia integral, basada en un diálogo cuyo objetivo final será crear, fortalecer y desarrollar la dignidad de quines participen en él, en la cual las emociones y la razón tendrán un valor semejante, para crear un escenario común para crecer juntos, educadores y sus alumnos, y aportar a la convivencia con la diversidad cultural y regional que forma nuestra sociedad y con todas las formas de vida que nos acompañan.

En el mar no hay peces pobres, ni en los cielos pájaros mendigos

La educación tiene un enemigo común, el mismo que tienen los padres de sus alumnos, los niños y adolescentes de las comunidades de tantos lugares del mundo: la pobreza.

La pobreza es el fracaso de una especie, frente a la tarea de darle abrigo y alimento a su propia existencia. Un fracaso, que, lamentablemente, es asumido, en la más de las veces, por sus propias víctimas; los pobres.

La pobreza es algo que va más allá que el tener o no tener acceso a servicios y bienes materiales, sino un evento más amplio y más profundo, relativo al grado de exposición que tenemos las personas a experiencias de violencia; desde el atropello a la dignidad de no tener el derecho a lo más elemental de la vida, del pan de cada día, hasta el reconocer la violencia como un lenguaje cotidiano para sobrevivir las carencias y necesidades insatisfechas con que se expresa la violencia cotidiana de los entornos de pobreza.

La pobreza expresa su rostro común de violencia, desde tener un hijo enfermo y no contar con los recursos para sanarlo, el vivir en una casa que la azota el frío o la agobian los calores, el querer estudiar y tener que aceptar no hacerlo, por no tener recursos materiales a pesar de tener ganas y talento.

Para tomar en consideración la magnitud de la tarea que nos corresponde asumir creo necesario tomar en cuenta que la pobreza no sólo habita en los barrios donde las necesidades materiales son evidentes, la pobreza tiene

como lenguaje y dominio todas las expresiones de violencia. La familia donde los niños son abandonados, agredidos psicológica o físicamente, o cuando, sin importar las razones o los niveles de ingresos económicos, las mujeres sufren la cobardía de hombres golpeadores, aún si ellos y ellas viven en jaulas de oro, son tan pobres como quienes no tiene qué echarse a la boca.

El principal distintivo de todas las “clases medias”, es su temor a la pobreza

Es relevante tomar en cuenta que la mayor parte de nuestra sociedad tiene en algún lugar de sus orígenes raíces en la pobreza, siendo esta experiencia la base de todas las clases medias del mundo y a la vez un temor compartido por volver a ese estado, lo que afecta muchas de sus decisiones relativas a la formación de sus hijos y las expectativas que cifran sobre el vínculo con su educación.

La pobreza deja como una herencia cultural maldita; la amenaza del fracaso como un destino ineludible. En los entornos de pobreza el miedo a intentar caminos de superación se apodera de proyectos y sueños, condenando a la repetición y al fracaso los intentos antes de nacer.

Este factor, señalado desde la psicología, como intolerancia a la frustración o su expresión sociocultural, como la herencia del fracaso entendía como un factor trascendente de la identidad compartida de los “pobres”, nos pone frente al desafío como educadores, de hacer posible una imagen de nosotros mismos y de la vida con otro color, con otra luminosidad.

La distinción entre alguien con pocos bienes materiales y alguien víctima de la pobreza, es una distinción necesaria ante lo cual el grado de exposición a la violencia, sea esta materialmente o existente en los ámbitos de la vida psicológica de las personas, donde habita el miedo, la sensación invariable de fracaso y la identidad como carente, constituye un aspecto de nuestros proyectos educativos que debemos siempre tomar en cuenta, en tanto factor que aporta y se integra a la construcción a la que estamos invitando a quienes forman parte de nuestro diálogo pedagógico.

Dr. ©Mario Salazar Muñoz

www.escritormariosalazar.cl